

Los descacharrantes casos de



EKA Y VASARELY

PEDRO RIERA



edebé

Los descacharrantes casos de



EKA Y



VASARELY



Los descacharrantes casos de



**EKA Y
VASARELY**

PEDRO RIERA

Ilustraciones de
Ángel Trigo

edebé

© del texto, Pedro Riera, 2024
Representado por Tormenta
www.tormentallibros.com

© de las ilustraciones, Ángel Trigo, 2024

© de la edición: Edebé, 2024
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño: Book & Look

1.ª edición, noviembre 2024

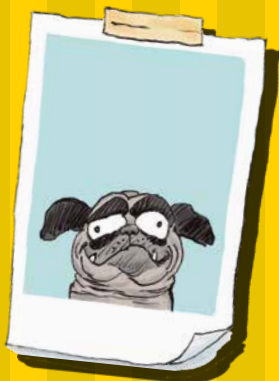
ISBN: 978-84-683-7257-0
Depósito legal: B. 6894-2024
Impreso en España
Printed in Spain

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 05).

*Para Ali, compañera de viaje,
por regalarme lo más precioso
que se le puede dar a un escritor:
tiempo para escribir.*







Vasarely Pérez era un niño raro.

En eso estaba de acuerdo todo el mundo: sus vecinos, sus profesores, sus compañeros de colegio, el podólogo de su madre, el sintecho que les gruñía a las palomas, Alfredo, el peluquero culturista, y, en realidad, cualquiera que se cruzara por la calle con el niño cuando caía en una de sus ensoñaciones. Hasta los gatos callejeros notaban que había algo extraño en la actitud de aquel niño y se apartaban de él con desconfianza. Y es que, cuando Vasarely sufría una ausencia, podía pasarse unos cuantos minutos mirando fijamente una farola, una silla o un lápiz, con una sonrisa nerviosa estampada en el rostro. A veces mascullaba algo incomprensible entre dientes, como si masticara las palabras, y hasta se le escapaba alguna car-





cajada. Así, de golpe y sin aparente motivo. Sobre todo, cuando se quedaba un rato mirando los neones del techo de su clase.

Debido a su comportamiento, en el colegio le llamaban el Empanao. Todos sus compañeros, sin excepción, creían que Vasarely era tonto de remate. Quizás por ello, nadie se quiso hacer amigo suyo.

¿Le importaba a Vasarely no tener amigos?

Al principio, no. Era un niño que nunca se aburría. Siempre estaba entretenido con lo que sucedía a su alrededor y no necesitaba a nadie para divertirse.

Entonces, su padre los abandonó.

El hombre nunca había renunciado del todo a su sueño de adolescente de convertirse en una estrella del *rock*.

—Me he de marchar, hijo —le anunció a Vasarely un día—. Te quiero más que a nada en el mundo. Pero no tengo más remedio que desempolvar mi cazadora de cuero, calzarme mis botas camperas, coger mi bajo y echarme a la carretera. Ya no puedo seguir ignorando la llamada del rocanrol. No busques culpables, hijo. No los hay. Tu madre y tú no habéis hecho





nada malo. Lo que pasa es que hay hombres que hemos nacido para ser libres y nos marchitamos si nos encadenan a una familia. Es un impulso de vida contra el que no se puede luchar. Si tú fueras un pájaro, ¿dejarías que te cortaran las alas? No. Claro que no. La naturaleza es terca, hijo. Siempre acaba imponiendo su ley. Un ladrillo pesa más que una pluma. Un hipopótamo necesita agua. No puede sobrevivir en un desierto. Si obligas a una jirafa a vivir en un sótano, cogerá tortícolis. Es así. Por esa misma regla, un oso polar no puede vivir encerrado en una nevera. Ese oso ha de recorrer la banquisa y devorar crías de foca. Lo sé, he elegido una imagen dura. Pero, por cruel que nos parezca a veces la naturaleza, así es cómo funciona el mundo. Hemos de aceptarlo. Yo no me he inventado las reglas. Por eso me he de ir... Lo entiendes, ¿verdad?

No. Vasarely no entendió nada.

La charla le dejó muy confundido. Llegó a pensar que su padre se tenía que ir a la banquisa a cazar focas. Y, durante unos días, no se pudo quitar de la cabeza la imagen de esa pobre jirafa a la que un loco obligaba a vivir en un sótano. Fue su madre, Gloria, quien le tra-





dujo aquel discurso a un lenguaje que el niño pudiera entender:

—¡Tu padre es un egoísta y un imbécil! —le dijo.

El caso es que, cuando el hombre los abandonó, madre e hijo estuvieron muy tristes durante un tiempo. Sobre todo, Gloria. La mujer estaba deshecha. Rompía a llorar por las esquinas, dormía hasta muy tarde, apenas comía, no se duchaba y dejó de trabajar en sus esculturas. Si recuperó la alegría, fue porque tenía muchos y muy buenos amigos, que le hacían visitas a todas horas y la invitaban al cine, a fiestas de cumpleaños, a excursiones, y le regalaban flores y cosas ricas de comer: cruasanes, pastelitos de nata, palmeras de chocolate, empanadillas, morcillas... El niño se dio cuenta entonces de que la amistad era una cosa estupenda y comprendió que se estaba perdiendo algo muy chulo. Así que decidió tener él también un amigo. Pero, por más que se esforzó, no lo consiguió.

Nadie quería saber nada del Empanao.

Tras dos años de fracasos, empezaba a desmoralizarse.

—Mamá, nunca haré un amigo.





—Claro que sí. Sucederá el día menos pensado y será uno de verdad, de los que duran toda la vida. Ya lo verás.

—¿Pero cuándo, mamá?

—Pronto, hijo. Muy pronto.

—Siempre me dices lo mismo, pero nadie quiere jugar conmigo. Estoy harto. Igual es que los empanados no servimos para tener amigos.

Gloria se puso seria.

—Tú no eres un empanado. ¿Me oyes? Lo que pasa es que tienes un mundo interior muy rico. Ya eras así de bebé. Recuerdo que te dejábamos sobre la alfombra y podías pasarte horas mirando a tu alrededor y riendo. No necesitabas que jugáramos contigo ni que te entretuviéramos. Pero no estabas atontado. Ni aturdido. Tus ojos estaban llenos de vida. Se notaba que disfrutabas como un loco. Así que, si tengo algo claro, es que tú no eres un empanado. En todo caso, tienes un alma de artista. Como yo. Y, cuando los demás niños averigüen cómo eres en realidad, harán cola para ser tus amigos.

